

DOMINGO VI DE PASCUA. (B)
Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat
17 de mayo de 2009
Hch 10,25-48; Jn 15,9-17

Las lecturas bíblicas de este domingo nos ayudan a descubrir más y más al alcance de la Resurrección de Jesucristo, fuente de nuestra esperanza. Somos conscientes de que la persona humana, junto con Jesucristo, es llamada a participar de la vida de Dios.

En la primera lectura, el apóstol Pedro, dirigiéndose a Cornelio, un pagano que se acercaba a los cristianos y que se inclinaba delante, le dice: " Levántate, que soy un hombre como tú.". Estas palabras del apóstol Pedro indican de qué manera "Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea".

Dios nos acoge, y nosotros queremos movernos con la misma naturalidad con que Pedro decía "yo soy un hombre igual que tú". Nosotros, de hecho, hoy y aquí en esta celebración, venimos a presentar a Dios nuestras inquietudes, anhelos y proyectos, contando con la intercesión de la Virgen. Sintámonos realmente acogidos y no dudemos de que Dios nos ayudará a creer cada vez más en él y a hacer el bien.

En el evangelio Jesús nos invita a sentirnos sus amigos y tener la alegría que él tiene. "A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer". La amistad de Jesús nos es ofrecida como una mano tendida, como una mirada benevolente, alegre de vernos y dispuesta a compartir, con cada uno y con todos, las alegrías y las penas. Podemos sentirla cercana tanto en circunstancias agradables como en momentos de dificultad, de enfermedad o de dolor.

La amistad de Jesús siempre nos dará confianza. Porque Jesús mismo tenía palabras de alegría y amistad cuando estaba a punto de entrar en el huerto de los Olivos de Getsemaní y todo lo vivía con la cercanía amorosa de su Padre del cielo, que es también nuestro Padre.

Es bien cierto que de su vivencia y de nuestra vivencia profundas pueden salir recursos inesperados. San Francisco de Asís cantaba su cántico de las criaturas, admirado ante las maravillas de la vida, cuando se encontraba muy cerca de su muerte, a quien llamaba, como una criatura más, su hermana.

¿Cuál era su secreto? Jesús nos lo dice con estas palabras: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor". La amistad de Jesús llega hasta dar su vida por sus amigos. Jesús nos muestra así hasta qué punto nos considera sus amigos. Es así como nos sentimos acompañados en nuestra vida y en nuestro trabajo.

A veces, sólo con obstinación podremos vivir determinados momentos. Sin embargo, en esta celebración podemos acoger la amistad del Señor, porque es él quien nos ha elegido, y nos ha elegido para que demos un fruto que perdure. Con actitud abierta, con un sentido receptivo y generoso, tratemos, por nuestra parte, de corresponder a esta amistad con toda confianza, poniendo también afecto en lo que hacemos y vivimos, en nuestra convivencia y en nuestro día a día, para que podamos agradecer muy de corazón las grandezas de nuestro Dios, sus favores y su fidelidad.